A. Introducción

I. Planteamiento de la cuestión

En el año 1561, un vasco escribe desde Valencia, en la Venezuela actual, una carta al entonces más poderoso soberano del mundo, Felipe II. Contra toda convención lo trata de «tú» y le echa en cara ser cruel e ingrato frente a los servicios que le ha prestado en la Conquista. Mientras los verdaderos conquistadores no sean gratificados, le niega a la Corona española el derecho de sacar provecho alguno de los países conquistados, puesto que ésta nada ha aventurado en ellos. Finalmente reniega de España y declara la guerra al rey.

El autor de la carta había llegado al Perú en la segunda mitad de los años treinta. Había participado supuestamente en varias expediciones de conquista y luchado en las rebeliones provocadas por las Leyes Nuevas, primero del lado de la Corona, después con los rebeldes, pero sin alcanzar el objetivo con el que había abandonado España. Acabadas las luchas internas y habiendo cesado la repartición de tierras, formaba parte de los miles de españoles que seguían en el Perú sin repartimiento, sin puesto ni oficio ni otra base segura de sustento y a quienes el virrey, desde mediados de los años cincuenta, trataba de alejar del territorio colonizado. Cuando en 1559 fue pregonada una expedición a Omagua y El Dorado, él se alistó. El virrey la había autorizado e incluso apoyado financieramente sobre todo con el objetivo de ubicar a una parte de esos españoles desocupados y revoltosos; el general de la expedición anhelaba, desde hacía ya mucho, ir en busca del legendario Dorado; en cuanto al vasco, su motivación no se conoce con certeza: tal vez ésta se encuentre en el rumor que circulaba de que la expedición era solamente un pretexto para una proyectada rebelión –tal vez fuera esta expedición otra tentativa para mejorar su situación.

Lo que siguió accedió a través de las crónicas a una dudosa fama: tres meses después de la salida un grupo de conspiradores, a quienes pertenece también el vasco, asesina al general en la región amazónica. Otro noble es nombrado en su lugar jefe de la expedición, la que, en adelante, tendrá otros objetivos. Se abandona el proyecto de buscar Omagua; en lugar de ello la tropa debe regresar al Perú donde se apoderará del país y el nuevo jefe, ya elevado a príncipe, será coronado rey. Este nuevo plan es firmado y jurado por los participantes de la expedición. Ello significa la separación del imperio español y la instauración de una monarquía independiente. Pero el proyecto fracasa. El vasco, quien primero desde la sombra, luego como caudillo oficial dirige la tropa, ha efectuado numerosas ejecuciones para evitar amotinamientos y mantener la disciplina. Los primeros expedicionarios huyen al pisar tierra colonizada por los españoles. Ellos traicionan el plan. La noticia de la rebelión se difunde desde Panamá hasta Chile. Se aprestan tropas que deben cortar el camino a los rebeldes. En Barquisimeto, finalmente, la política de amnistía de la Corona da resultado: seducido por la promesa de indulto, el grupo abandona a su líder, quien –después de haber asesinado a su hija– es fusilado por sus propios hombres, degollado y descuartizado. La sentencia que se pronuncia después de su muerte incluye medidas que deben borrar para siempre al traidor de la memoria de la humanidad.

El fallo del juez, sin embargo, fracasó en su intento: la expedición de Pedro de Ursúa y la rebelión de Lope de Aguirre se encuentran entre las materias de las que la posteridad se ha ocupado intensamente. En las relaciones de los testigos oculares –las primeras se escriben aún en 1561, el año del sofocamiento de la rebelión– se basan amplias reelaboraciones de cronistas e historadores de la época colonial, las que a su vez proporcionan la base para el tratamiento del episodio en las historias nacionales surgidas después de la Independencia. En ellas la producción se concentra en Perú, de donde partió la expedición, Venezuela, escenario principal de los acontecimientos, y Colombia, donde se llevaron a cabo los preparativos para detener el ataque de los rebeldes. En el área de Colombia y Venezuela se encuentran también a fines del siglo XIX los primeros intentos de adaptar el tema para el teatro; vascos y españoles seguirán después. En la península ibérica Aguirre fue redescubierto por representantes de la llamada generación del 98; en el marco de una controversia entre un historiador vasco y un historiador español en los años de 1920, que fue también comentada por latinoamericanos, la figura de Lope de Aguirre se destacó aún más. Desde los años treinta y más aún desde los cuarenta, la rebelión empezó a ser tratada no sólo por historiadores profesionales o aficionados y autores dramáticos, sino también por ensayistas, biógrafos, psiquiatras, novelistas, cuentistas y poetas. En los años setenta se produjo un salto al campo internacional, es decir, más allá de los países involucrados por su historia, y esto sobre todo en cuanto a la recepción: cuando en 1972 el alemán occidental Werner Herzog realizó una película que alcanzó resonancia internacional, un público no sólo europeo, que, como es de suponer, no se había ocupado, en parte, nunca antes de la conquista de América por los españoles, obtuvo información acerca del conquistador y la conquista. La película contribuyó al surgimiento de otras producciones y publicaciones entre las que se cuentan tres novelas, otra película, una serie de cómics, más de diez ediciones nuevas de crónicas, incluidas algunas traducciones, y reediciones de monografías aparecidas con anterioridad. Especialmente después de la película de Herzog los trabajos sobre Lope de Aguirre, que en la literatura especializada ya se consideraban inabarcables[1] desde hacía tiempo, han experimentado un crecimiento vertiginoso.

Buscar las causas de ese tratamiento tan frecuente, sobre todo en los últimos años, justificaría ya por sí sola una investigación. La empresa aparece aún más legítima si se toman en cuenta las metamorfosis sufridas por el conquistador a lo largo de la historia de su recepción de más de cuatrocientos años: presentar la lista de atributos que sus predecesores otorgaron a Aguirre es casi una parte constitutiva del repertorio de los autores que manejan al menos una parte de la transmisión escrita.[2] En la mayor parte de los casos insisten en la calificación de loco y en la demonización por los cronistas tempranos y sus adeptos y –como contrapunto– en la elevación a precursor del movimiento emancipador después de la Independencia. Pero la imagen de Lope de Aguirre presenta todavía mucho más variaciones: no sólo es loco, demonio y libertador sino también caudillo, dictador, encarnación de la esencia española, comunero,

[1] La inabarcabilidad de la bibliografía sobre Aguirre es un tema recurrente de la crítica, cfr. por ejemplo Bayle, quien ya en 1930 calificaba de «incontable» a la bibliografía referente a la expedición ([346] 259).

[2] Cfr. por ejemplo Faucher 1979 [577] 9; Otero Silva 1979 [443] 250 y ss. o Mampel González y Escandell Tur 1981 [504] VIII.

rojo, bolchevique, anarquista, representante de una utopía retrógrada, Las Casas o anti-Las Casas. ¿Qué es lo que predestina a la figura para semejante diversidad de interpretaciones? ¿A qué necesidades responden y qué función cumplen para los respectivos autores y los grupos a los que éstos pertenecen en un determinado momento histórico? ¿Qué influencia ejerce la tradición literaria en la que se inscribe cada autor sobre la reelaboración de la materia? ¿De qué modo se utiliza o se instrumentaliza el pasado, mediado por la historiografía y la ficción histórica, para los respectivos fines del presente?

II. Corpus de la investigación

Éstas son las preguntas que queremos plantearnos en la presente investigación. Durante varios años hemos tratado de reunir, desde los fondos de bibliotecas europeas así como de los Estados Unidos y latinoamericanas, todos los textos acerca de la rebelión de Aguirre de los que poseíamos algún indicio bibliográfico,[3] en la mayor parte de los casos con éxito.[4] En el área de las publicaciones autónomas, la recopilación puede tal vez considerarse como completa. La pretensión de exhaustividad procede de cierto malestar producido por los estudios sobre el tema en los que, como se verá más adelante, por lo general se comparan entre sí unas pocas reelaboraciones literarias escogidas sin motivo aparente de entre el corpus existente; el valor cognitivo de tales trabajos es, por consiguiente, reducido y las conclusiones son erróneas.[5] También en cuanto a los géneros o tipos de texto nos guiamos por otros criterios que los estudios críticos producidos por la ciencia literaria hasta ahora e incluimos de antemano en nuestro corpus textos que se autodefinen como historiográficos considerándolos objeto de análisis en lugar de confinarlos desde un principio a las notas de pie de página en calidad de garantes de la verdad histórica. No es necesario compartir las tesis, tan citadas en el contexto de la discusión acerca de la posmodernidad, de la indistinguibilidad de los discursos pragmático y de ficción para advertir que la historiografía tampoco es objetiva y neutral sino que está condicionada histórica e ideológicamente.

[3] Las bibliografías más amplias y productivas se encuentran en Jos 1927 [218] y Jos 1950 [350]. Tanto la bibliografía de Burmester 1941 como la descuidada y defectuosa bibliografía de Mampel González/Escandell Tur 1981 están basadas en Jos, con respectivos agregados. Por lo demás hemos explotado sistemáticamente las obras de consulta bibliográfica especializada.

[4] Fue necesario, sin embargo, renunciar a la transcripción paleográfica de fuentes inéditas o manuscritas halladas por nosotros. No es de esperar, de todos modos, que estas fuentes modifiquen en lo esencial el panorama. Para eventuales trabajos historiográficos posteriores daremos a conocer en su oportunidad las referencias respectivas.

[5] Así, por ejemplo, Rosalba Campra y Angelo Morino pretenden ilustrar el camino de Aguirre de la crónica al mito (como lo indica el título del artículo) mediante un puñado de textos. En desconocimiento de la *Sexta Noticia Historial* de Simón y su impacto inmenso afirman, por ejemplo, que Aguirre, después de haber sido tematizado por las crónicas del siglo XVI, no habría desempeñado en adelante ningún papel notable. Ubican, además, el comienzo del proceso de heroización hacia mediados del siglo XX porque carecen de las pruebas de una reinterpretación positiva más temprana, como por ejemplo la obra de teatro de Carlos Arturo Torres de 1891 (Campra/Morino 1981 [565] 21-22). Igualmente errónea es la ubicación del ciclo de poemas de Gerbasi y esto no sólo porque está incorrectamente fechado sino porque los autores también desconocen la tradición de las leyendas populares venezolanas (*ib*. 26 nota 35). Pruebas similares se podrían extraer también de otras investigaciones.

De lo que se trata en la presente investigación es justamente de la búsqueda de esos factores condicionantes. Descartar a la historiografía como objeto de análisis además significaría ignorar las intenciones de una parte de los novelistas que definen sus obras –y en esto no son los únicos en América Latina– como correctivos de la historiografía oficial al servicio del poder colonial español y sus sucesores.[6] Por este motivo es completamente erróneo aplicar el método común y corriente para el análisis de obras de ficción histórica –de comparar una novela con una fuente histórica en cuanto a desviaciones de la «verdad» garantizada por la última– incluso cuando el autor de la novela considera esta fuente explícitamente como falsificación de la historia y afirma acercarse más con su obra a los acontecimientos históricos y a su significado.[7] La conflictiva relación entre literatura e historiografía que se manifiesta aquí nos ha llevado a buscar, más allá de las indicaciones bibliográficas existentes, huellas de la imagen de Aguirre en las historias nacionales de los países involucrados. En el curso de esta introducción volveremos sobre la cuestión de la división del corpus de acuerdo con criterios relativos a la teoría de textos.

Hemos dejado de lado textos que no tematizan directamente la rebelión de Aguirre pero cuyos autores se dejaron influir por el tema como Prosper Mérimée en su obra de teatro *La famille des Carvajal* (1828) y Ramón del Valle-Inclán en su novela *Tirano Banderas* (1926).[8] El interés de esos autores por la materia confirma sin embargo tendencias presentes en la época y será correspondientemente evaluado.

III. Revisión y crítica de las investigaciones existentes

No existe una investigación de las interpretaciones literarias e historiográficas del conquistador Lope de Aguirre y sus factores condicionantes de las dimensiones de la que aquí nos proponemos.[9] Es de suponer que en este hecho la cantidad del material y, en parte, la dificultad de su recopilación desempeñan algún papel. Varios investigadores han presentado, por cierto, en prólogos o introducciones a sus estudios, un panorama de los textos que les eran conocidos, ordenados cronológica o temáticamente, por tipo de texto o por nacionalidad de los autores; estos panoramas, por lo general, no van sin embargo más allá de la bibliografía comentada o el *collage* de citas.[10]

---

[6] Se trata aquí de Miguel Otero Silva y Abel Posse.

[7] Cfr. *infra* pp. 7-8, nuestra crítica a Gnutzmann 1986 [460].

[8] Cfr. las observaciones de Dietrich Briesemeister acerca de *Tirano Banderas* en *Kindlers Literatur Lexikon* (edición dtv, octubre de 1974), p. 9390.

[9] Rita Gnutzmann nos comunicó sin embargo en septiembre de 1988 que en la universidad de Oviedo así como en Italia se desarrollaban trabajos sobre el tema. (Al momento de dar estas líneas a la prensa nos llega en efecto la información de que en un lugar de publicación muy apartado en Italia (Rende) ha aparecido una monografía de Aleida Anselma Rodríguez titulada *Arqueología de Omagua y Dorado*, basada en la teoría del discurso de Foucault y que lamentablemente no hemos podido consultar. Según la reseña de Amelia Mondragón en la *Revista de crítica literaria latinoamericana* (Lima) No. 37 (1993), la autora analiza la relación de Vázquez, las cartas de Aguirre, la película de Herzog y la novela de Otero Silva.) También Iñaki Zumalde, historiador local de Oñate (la ciudad natal de Aguirre), prepara a largo plazo una «historia de la historiografía de Lope de Aguirre» (comunicación a la autora del 21 de enero de 1985).

[10] No obstante, son útiles para quien busca una primera orientación. Ya en 1861 presenta Clemens R. Markham un panorama del tratamiento del tema en la historiografía colonial y por los viajeros europeos